



PERDER EL CUERPO, PERDER LA TIERRA. HISTORIAS DE DESPLAZADOS EN «UN PAÍS DE MUTILADOS» DE ALBERTO SALCEDO RAMOS

Ana María Chehin
(INVELEC/CONICET – IIELA/Universidad Nacional de Tucumán)

Resumen. Los desplazamientos forzados constituyen una de las problemáticas más acuciantes de la realidad colombiana actual. La crónica, en tanto género cuya materia prima es lo real, intenta dar respuestas a los tópicos urgentes de las sociedades contemporáneas y aspira a ser una forma de conocer el mundo y dar sentido y lógica a una experiencia. En este trabajo me interesa pensar la forma en que Alberto Salcedo Ramos representa la problemática de los desplazamientos forzados a partir de la subjetivación de las experiencias narradas en la crónica «Un país de mutilados» (2008). Indagaré cómo se produce la articulación entre los testimonios y otros discursos que intervienen en el relato; el modo en que la mutilación opera como metáfora y síntesis de la problemática referida y cómo se construye la figura del cronista.

Abstract. The forced displacements are today one of the most urgent problems of the contemporary Colombian reality. The chronicle, as a genre whose raw material is reality, tries to give answers to the urgent topics of contemporary societies and tries to be a way to know the world and give meaning and logic to an experience. In this work I am interested in knowing the way Alberto Salcedo Ramos represents the problematic of the forced displacements from the subjectivity of the experienced related in the chronicle «A country of mutilated» (2008). I will seek how the articulation between testimonies and other discourses intervene in the story; the way in which the mutilation works as a metaphor and synthesis of the problem referred to and how the person of the chronist is built.

Palabras clave. Desplazamiento forzoso, Colombia, Alberto Salcedo Ramos, Crónica, Violencia

Keywords. Forced displacement, Colombia, Alberto Salcedo Ramos, Chronicle, Violence

www.revistaelhipogrifo.com

Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata
Articolo ricevuto: 25/07/2018 - Articolo accettato: 23/12/2018

*Nadie se va de su casa
a menos que su casa sea la boca de un tiburón.*

«Home», Warsan Shire

11

La simplicidad de los versos de la poeta Somalí Warsan Shire sintetiza con una potencia abrumadora una de las problemáticas contemporáneas más acuciantes: los desplazamientos forzados. Si bien se trata de un fenómeno mundial, el caso de Colombia resulta paradigmático en América Latina por el enorme impacto que significa en su configuración social.

Innumerables informes y documentos se han escrito al respecto; abundan las cifras y estadísticas que cubren por completo los rostros de quienes han sufrido y aún sufren en sus cuerpos y sus historias personales el desgarramiento extremo que supone ser un desplazado. Es allí donde la crónica, en tanto género cuya materia prima es lo real, cobra sentido puesto que coloca a los sujetos en el centro de la escena. Una basta zona de la prosa cronística del colombiano Alberto Salcedo Ramos¹ representa las experiencias de personas en territorios que pueden ser concebidos como «espacios de terror» (Junguito, A. 2008: 93-97) caracterizados por la producción de paisajes de miedo, la transformación del sentido de lugar y atravesados por procesos de desterritorialización y reterritorialización en los que el otro se percibe como amenaza.

Si bien es sabido que la violencia es un fenómeno universal, es necesario aclarar que adquiere formas sociopolíticas específicas según el momento histórico y la geografía. «La violencia ha sido vista en el pensamiento y en la literatura latinoamericanos como la marca que cruza e impregna su historia política, social y económica desde la conquista hasta la actualidad» (Kaplan, B. 2007: 2). Es por ello necesario mencionar que la historia de Colombia está surcada por enfrentamientos armados: las guerras civiles entre liberales y conservadores en la segunda mitad del siglo XIX, las insurrecciones de las primeras décadas del XX, la violencia del período bipartidista de mediados de

¹ Nacido en Barranquilla en 1963. Es comunicador social por la Universidad Autónoma del Caribe, maestro permanente de la FNPI y de varias maestrías de periodismo como las del diario *La Nación* (Buenos Aires) y la Universidad de los Andes. Al igual que García Márquez, inicia su carrera periodística en *El Universal* de Cartagena. Más tarde, en Bogotá, pone en marcha el reconocido programa de crónicas documentales «Vida de barrio». En televisión, además, dirige varios proyectos culturales, como «A pulso» y «Las rutas del saber», y participa en la serie «Ese mar es mío», grabada en 11 países, que exhibe la vida y los mitos del Caribe inglés, español y francés. Dos veces ganador del Premio a la Excelencia de la Sociedad Interamericana de Prensa, del Premio Ortega y Gasset de Periodismo, del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar (cinco veces) y del Premio Internacional de Periodismo Rey de España, entre otras distinciones. La profusa producción del autor, su intensa actividad como tallerista y el reconocimiento obtenido a partir de los galardones mencionados dan cuenta de la posición central que ocupa en el campo de la crónica contemporánea.

siglo y a partir de los 60, la confrontación entre guerrilleros contra el Estado y los fenómenos contraguerrilleros.

A diferencia de los conflictos anteriores, las guerrillas se manifestaron de manera persistente en diversos grupos armados: las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército de Liberación Popular (EPL). A partir de los 80 la situación se complejiza con el surgimiento de grupos paramilitares y la irrupción del narcotráfico que no sólo actúa como fuente de financiamiento sino que da lugar al fenómeno del sicariato juvenil. Más allá del devenir histórico particular de cada grupo es posible afirmar que tienen en común la pugna por el control territorial y los usos de diversos mecanismos de violencia² para sostener, efectuar y financiar sus actividades tales como secuestro, tortura, masacres, asesinatos (Medina Gallego, C. 2009: 30-50; Astorga, G. *et. al.*, 2012).

La heterogeneidad geográfica del territorio colombiano y las dificultades que de ella se derivan por la presencia de regiones prácticamente aisladas en sitios montañosos y selváticos constituyen otro factor determinante en la configuración de un Estado caracterizado por graves problemas económicos-financieros, debilidad política y fuertes luchas por el control territorial (Junguito, A. 2008: 1-21).

La utilización de la violencia como recurso de acción sistemático ha provocado el desplazamiento forzado de aproximadamente 19.892 personas registradas de enero a julio de 2018 y más de 7 millones de personas desde 1985 a la fecha, con una incidencia desproporcionada sobre comunidades indígenas y afrocolombianas según un monitoreo realizado por ACNUR (Agencia de la ONU para los refugiados). Estas cifras evidencian que los acuerdos de paz celebrados y el proceso de desmovilización iniciado en 2016 no han sido suficientes para enfrentar semejante reto humanitario; esta situación continúa siendo una herida profunda y punzante.

Nubia Yaneth Ruiz define la migración forzada como «una forma violenta de movilidad contemporánea de población, propia de regiones en conflicto que afecta a una cantidad significativa de personas y que, en muchos casos, corresponde a procesos de concentración de la tierra o de la riqueza o deriva de disputas territoriales» (2011: s/n). Asimismo, explica que en el caso de Colombia la migración forzada es un desplazamiento de corta distancia que

² Hablar de violencia en el caso colombiano supone distinguir entre aquel período que la historiografía llama *La Violencia* y la violencia como fenómeno socio-histórico. En la actualidad es posible advertir en Colombia violencias que se caracterizan por un complejo panorama de asuntos sociales, económicos, territoriales, étnicos y culturales. La presencia ininterrumpida de grupos guerrilleros y grupos paramilitares muy fuertes, y el influjo del narcotráfico, configuran imaginarios dominantes de la nación en torno a ellas (Ansaldi, W. - Giordano, V. 2012: 375-406).

aumenta las condiciones de pobreza de las víctimas. Este fenómeno se intensifica en ciertos territorios estratégicos ya sea por sus riquezas naturales o por su importancia geopolítica. La migración forzada se define por fuerzas de expulsión, es decir, no se trata de un tipo de movilidad voluntaria en busca de mejoras económicas o sociales sino que su motivación reside de modo excluyente en la violencia que afecta al lugar de origen.

En este trabajo me interesa pensar la forma en que Alberto Salcedo Ramos representa la problemática de los desplazamientos forzosos a partir de la subjetivación de las experiencias narradas en la crónica «Un país de mutilados» (2008)³. Indagaré cómo se produce la articulación entre los testimonios y otros discursos que intervienen en el relato; el modo en que la mutilación opera como metáfora y síntesis de la problemática referida y cómo se construye la figura del cronista.

Entiendo la crónica como un género complejo, extremadamente permeable que habilita la mezcla y yuxtaposición de voces y discursos. El cronista trama narración y descripción en un texto cuya urdimbre es lo referencial, que se (re) construye y se pone en escena a partir de un trabajo con el lenguaje. Se trata de un texto elástico y dinámico, cuya única certeza es el pacto con el lector. La referencialidad, que es a la vez el límite y la condición de su autonomía, no puede traicionarse, el cronista puede valerse de cualquier artilugio para contar, pero no puede mentir. La crónica pone siempre especial énfasis en los modos de narrar: ya sea que intente dar coherencia a lo inenarrable o exponga prácticas propias de la cultura popular, el cronista tracciona para dotar de sentido los múltiples y disímiles discursos y voces que hace ingresar a espacio textual en el que, además, se representan tiempos y espacios históricamente situados.

«Un país de mutilados» se articula en base a tres relatos de víctimas de las minas antipersonales⁴ en la zona del oriente del departamento de Antioquia que fueron forzadas a migrar junto a sus familias a ciudades cabeceras cercanas durante la primera década del Siglo XXI. Claudia Ocampo, una niña oriunda de la vereda de Campo Alegre, su madre y sus hermanos deambularon hasta asentarse en Cocorná a ochenta kilómetros de Medellín; Manuel Ceballos junto a su mujer, sus siete hijos y nietos abandonaron La Iraca para ir a San Luis al sureste de la misma ciudad y Oveida Morales dejó la vereda El Portón para

³ Por esta crónica, publicada originalmente en Revista SoHo, Colombia, junio de 2008, Salcedo Ramos obtuvo en el año 2009 el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar y el premio a la excelencia de la Sociedad Interamericana de Prensa. Para este trabajo utilizo la versión que forma parte de la compilación del autor *La eterna parranda*.

⁴ Tomo la denominación de 'minas antipersonal' ya que es la utilizada por el Programa Presidencial para la Acción Integral contra Minas Antipersonal de la República de Colombia, igualmente utilizado por UNICEF.

instalarse en San Francisco. Sus historias están atravesadas por el asedio permanente de las violencias y el miedo que condiciona la vida cotidiana.

El cronista reelabora el material testimonial y lo trama con recursos narrativos y argumentativos constituyéndose en una voz mediadora. Por ello, incorpora al relato elementos que le permiten poner en primer plano el tópico central de la crónica, la violencia, específicamente la migración forzada y el modo en que ésta destruye la subjetividad de las víctimas, su entorno inmediato y el tejido social produciendo, a la vez, la pérdida total o parcial de sus derechos fundamentales tales como salud, educación, vivienda, alimentación e ingresos dignos.

La explosión de las minas detona la vida de los campesinos que se ven obligados a abandonar el lugar porque como la pierna que perdieron, esa parcela después de la mina ya no existe.

El mutilado renuncia a sus escasas pertenencias y abandona el terruño donde es productivo y conocido por su comunidad, para irse con su familia a cualquier sitio extraño, donde se convierte de inmediato en un ser ignorado, nulo, que habita casi siempre en tugurios de mala muerte y sobrevive gracias a actividades degradantes, como mendigar en los espacios públicos. (Salcedo Ramos, A. 2011: 362)

El cronista tiende un puente entre mutilación y desplazamiento construye una cadena semántica que liga ambos significantes a la idea de pérdida; hay algo que falta de su sitio, que no está de modo irreversible «Añora sus casas de bahareque con el mismo ardor con el que un mutilado echa de menos el órgano que le arrebataron. Lloro, desfallece» (Salcedo Ramos, A. 2011: 370). Tal cadena hilvanada a lo largo de la crónica vincula tragedia, calamidad, catástrofe, drama, calvario, desgracia, fatalidad términos que funcionan como modos de explicar las experiencias de extrema violencia que se escenifican.

La misma operación discursiva se advierte al reemplazar la palabra desplazamiento por éxodo o destierro, vocablos que remiten al lector episodios de la historia en que los pueblos se movilizaron en resistencia o bien, al castigo que suponía el destierro en sociedades antiguas. De este modo se convierten los testimonios individuales en experiencias colectivas. Carmen Julia Gallego «Fue desterrada cruelmente de su patria chica, la vereda en la cual ella y sus hijas habían vivido siempre [...] el único lugar en el mundo que conocía» (Salcedo Ramos, A. 2011: 355); los habitantes de la Iraca vivían a diario la explosión de las minas «La reiteración de esta escena implantó el pánico y obligó a los moradores a emprender el éxodo. A finales de ese año, La Iraca, perteneciente al municipio de San Rafael, era ya un pueblo fantasma, devorado por la maleza y

www.revistaelhipogrifo.com

Rivista Semestrale di Letteratura Hispanoamericana e Comparata
Articolo ricevuto: 25/07/2018 - Articolo accettato: 23/12/2018

las sabandijas» (Salcedo Ramos, A. 2011: 365). Mediante el uso de estos términos el cronista logra amplificar el alcance del conflicto de los desplazados en la medida que los vincula con episodios de movilidad que han marcado la historia de la humanidad.

Las minas antipersonales han sido caracterizadas por UNICEF como «artefactos explosivos diseñados para herir, mutilar o matar. Se ubican debajo de la tierra, sobre o cerca de ella y se activan o funcionan con la presencia, proximidad o contacto de una persona o animal»⁵. El cronista, por su parte, para explicar su significación apela a una analogía que oye decir a una de sus entrevistadas. Cita los dichos sanguinario militar asiático *Pol Pot* quien las define como el soldado perfecto: pues, no necesita comida ni sueldo y puede esperar más de treinta años por su víctima. Quien siembra la mina opera de modo invisible, no está en ningún lado, pero a la vez está en todas partes: «Con sus bombas, el agresor mutila físicamente a la víctima. Con su engaño, le quebranta la psiquis» (Salcedo Ramos, A. 2011: 360). Esta especie de omnipotencia convierte al miedo en una forma infalible de dominación. Asimismo, resulta imposible detectar sus responsables dado que se ha atribuido la siembra tanto a los grupos paramilitares como a narcotraficantes. Sus objetivos son ganar territorios en las zonas rurales que quedan «despejadas» luego de la explosión e instalar el miedo entre los habitantes. «una vez que el miedo se generaliza, los pueblos huyen, despavoridos, y ellos, los bárbaros, se quedan en el área como amos y señores» (Salcedo Ramos, A. 2011: 361). Salcedo Ramos trabaja con formas figurativas del lenguaje porque apuesta a la potencia de su representación que le permite narrativizar los acontecimientos reales.

La mutilación es la forma traumática en que se separa una parte del cuerpo. En la crónica, es la representación de la violencia en su total magnitud: refiere por un lado a los cuerpos amputados, pero además a la vida desmembrada y al espacio que se rompe y provoca el destierro. El texto intenta reponer ese desmembramiento del orden racional y ofrece una mirada que escapa a las versiones generalizadoras derivadas de estadísticas que suelen ser el recurso más utilizado para dar cuenta de la violencia social, pero que de ninguna manera ofrecen elaboraciones culturales para explicarla (Rotker, S. 2011). No se trata de desacreditar los datos estadísticos que efectivamente se incorporan en el relato –sabemos por ellos que hay bombas sembradas en treinta y uno de los treinta dos departamentos de Colombia, entre los cuales el Oriente de Antioquia es el territorio más afectado; la cantidad de muertos, heridos y mutilados en los siniestros– y que refuerzan la veracidad de los hechos, sino de ir más allá y ponerlos en tensión con los testimonios orales para generar nuevas significaciones, reflexionar sobre ellos, cuestionarlos.

⁵ <http://www.unicef.org.co/Minas/encuentra.htm>.

La problemática del desplazamiento pone en tensión la relación ciudad-campo. Por un lado, como he señalado anteriormente, este tipo de movilidad no es comparable a otros procesos migratorios internos en América Latina hacia los centros metropolitanos en búsqueda de mejoras socioeconómicas puesto que, en este caso, se trata de un proceso ajeno a la voluntad de los sujetos. La crónica pone especial énfasis en destacar el maltrato al que se someten los desplazados y el modo en que se quebrantan sus subjetividades. No sólo son forzados a no estar en su lugar, sino también a dejar de ser:

En La Iraca quizá moriría reventado entre dos hileras de alambre de púas, claro, pero también podría ser otra vez un hombre productivo y autosuficiente, al que nadie abochornaría ni miraría con desconfianza. En cambio, en la ciudad ancha y ajena siempre sería maltratado y jamás tendría, como contraprestación, una esperanza mínima a la cual aferrarse. (Salcedo Ramos, A. 2011: 371)

Por otro lado, esta tensión es visible en la voz narradora del cronista. El narrador oscila entre la primera persona del plural en busca de empatía con el lector «lo trágico nos conmueve cuando es exótico o monumental» (Salcedo Ramos, A. 2011: 358) y la primera del singular para instalar la ciudad como el punto de partida del viaje que lo llevará por el oriente de Antioquia: «El avión acaba de aterrizar [...] cuarenta minutos después de haber despegado de Bogotá. [...] Mientras espero que la banda transportadora de equipajes empiece a girar, consulto el mapa de bolsillo: me encuentro a 38 kilómetros de Medellín» (Salcedo Ramos, A. 2011: 356). Pero fundamentalmente desde la primera persona se reafirma el *locus* enunciativo del cronista, sujeto que dice sobre y desde la urbe. Allí se fragua asimismo la importancia de referir su propia travesía aunque no se trate de un relato de viaje. Con este gesto de diferenciación, el cronista asume su lugar de enunciación letrado y urbano que parte de la ciudad en busca de la historia y regresa a ella para escribirla: «Cuando regrese a Bogotá y vea en perspectiva la ruta que deben transitar los afectados, me preguntaré si acaso antes y después de la explosión no habrá elementos tan crueles como la bomba misma» (Salcedo Ramos, A. 2011: 363).

La intención del cronista es reponer desde la escritura la experiencia de lo indecible. Si la violencia produce crisis en todos los órdenes, especialmente, en el discurso y en el lenguaje de la subjetividad (Rotker, S. 2011), el cronista toma elementos propios de la cultura popular para organizar los testimonios que se presentan de manera fragmentaria. La crónica quiebra la cronología de los hechos, su arquitectura se cimenta en la articulación de los testimonios con la intención de poner el foco en la víctima. En los testimonios fragmentarios la

palabra se desarticula y la crónica la reorganiza para dar sentido a la experiencia. El relato de Manuel Ceballos se teje a partir de la consecución de refranes que caracterizan su particular modo de expresarse oralmente. El cronista convierte el refranero en una herramienta que permite a Ceballos decir su propia historia desde saberes que provienen de la memoria colectiva. Vinculada al testimonio, la oralidad posee una fuerte presencia en el relato cronístico contemporáneo y, por tanto, lo aproxima al antiguo arte de la narración oral. Así el cronista intenta reponer la palabra que también ha sido mutilada.

La incorporación de canciones hacen evidente el cruce deliberado que el cronista propone entre violencia y cultura popular que le permite narrar los modos de habitar espacios marcados por la vivencia cotidiana del miedo. Delio Daza Guirao canta su desgracia en una ranchera de su autoría: «Caí en un hueco de más de dos metros/y una varilla me vino a matar/soy desplazado, vivo sufriendo/ y en este mundo todo es crueldad» (Salcedo Ramos, A. 2011: 388); «Claudia Ocampo entona sus versos: Bienvenidos, bienvenidos/ vamos todos a cantar/ este tema de las minas/de las minas quiebrapatas/no lo entiendo, no lo entiendo/me lo tienen que explicar» (Salcedo Ramos, A. 2011: 353); la canción que se oye en el bar mientras transcurre la entrevista explota el potencial metafórico de las minas «Maldita sanguijuela/ maldita cucaracha/ que infectas donde picas/ que hieres y que matas» (Salcedo Ramos, A. 2011: 368).

El relato enfatiza en situaciones de violencia que se multiplican y trascienden el estallido de las minas, en las que el Estado es claramente responsable. Además de ser víctimas de la explosión, los sujetos son desplazados, maltratados y estigmatizados en las zonas urbanas a las que se trasladan y luego se ven expuestos a trámites burocráticos que desbordan su nivel de instrucción. La falta de educación es una forma feroz de violentar a los ciudadanos: Ceballos desconoce la vida útil de una bomba; abandona su casa un tiempo para huir de la posibilidad de la explosión, pero al regresar sucede la tragedia «Después de once meses las tales bombas seguramente se encontraban desactivadas. Quizás, –agregó– se dañaron con los aguaceros de octubre o con los soles de enero» (Salcedo Ramos, A. 2011:370). Ceballos tampoco sabe cuántos años tiene ni sabe leer. La mutilación como metáfora cobra fuerza: antes de perder partes de su cuerpo, la falta de acceso a la educación ya lo había mutilado dejándolo afuera del sistema.

Esa cédula, a propósito, esa puñetera cédula que Nancy contempla todavía con curiosidad, es ahora un símbolo del derrumbamiento de Manuel Ceballos. Sintetiza los sobresaltos de su destierro físico y psicológico. Lo hace aparecer en público como un pobre diablo,

www.revistaelhipogrifo.com

Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata
Articolo ricevuto: 25/07/2018 - Articolo accettato: 23/12/2018

borrando de un solo tajo el hecho de que allá en su pueblo él fuera un hombre apreciado por su inteligencia. La cédula, además, representa su insignificancia frente a la maquinaria aplastante de las oficinas públicas, donde hoy, por fin, después de perder la pierna y la tranquilidad, oye hablar de sus derechos. En La Iraca esa cédula valía lo mismo que un comino, porque allá no se requerían certificados para ser ciudadano, ni escrituras para honrar los compromisos, ni pasaportes para pasar de un lugar a otro. (Salcedo Ramos, A. 2011: 380)

En medio del relato Alberto Salcedo Ramos inserta una extensa reflexión que abandona la focalización en las víctimas para hablar del desplazado de un modo genérico. Comienza con una definición descarnada, una vez más opta por una analogía que robustezca el impacto del discurso antes que una definición académica «El desplazado es el margen de error del censo. No cuenta como ciudadano sino como chusma, como ser de las madrigueras» (Salcedo Ramos, A. 2011: 369). El cronista imagina el menoscabo que supone dejar «Su patria, que alguna vez fue un patio entrañable humedecido por el rocío del amanecer» (Salcedo Ramos, A. 2011: 369) por un pedazo de pavimento duro. Enumera las desgracias que le suceden en la urbe y el maltrato al que se somete diariamente. En ese punto cambia el foco y propone pensar qué significa un desplazado para los habitantes citadinos que los miran desde la protección y la seguridad de sus confortables vehículos blindados, siempre lejos. De un modo sutil, pero contundente, denuncia la ignorancia en la que prefieren vivir sujetos cuyo único contacto con los conflictos que suceden fuera de la ciudad es por medio de la televisión. En ese punto el cronista preconfigura un lector –letrado y urbano como él– y por ello retoma otra vez la primera persona del plural para exhortarlo a reconocer que una sociedad que permanece inerte es igualmente cómplice: «Si le prestáramos atención un momento, nos enteraríamos de los pormenores de su desarraigo [...] pero nos resulta más cómodo dar la espalda, claro, convencidos de que el asunto no nos incumbe» (Salcedo Ramos, A. 2011:370). Esta digresión le posibilita amplificar la experiencia del desplazado, es decir, no se trata sólo de Manuel Ceballos, Claudia Ocampo u Oveida Morales sino de los miles y miles que forman parte de un proceso caótico en el que se desarraiga a la población de manera violenta.

Sobre el final del texto, en un gesto metadiscursivo, Salcedo Ramos se permite la reflexión sobre la función de la crónica y explicita una justificación:

Al final del viaje, la grabadora también me permitirá tomar nota de mi propia voz. Me oiré averiguando por detalles como el tamaño de la

www.revistaelhipogrifo.com

Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata
Articolo ricevuto: 25/07/2018 - Articolo accettato: 23/12/2018

onda explosiva. Me oiré pidiéndoles a los entrevistados reconstruir el accidente paso a paso. En algunos casos percibiré suspiros graves, silencios prolongados que me mostrarán la procesión que va por dentro. Me apiadaré de sus heridas frescas pero consideraré que sus testimonios son necesarios para el país. Y me percataré de un gaje del oficio de cronista: a menudo, para documentar la memoria, nos toca mencionar la soga en la casa del ahorcado. (Salcedo Ramos, A. 2011: 388)

De este modo pone al descubierto el ejercicio de escucha profunda que supone para él y el compromiso político que asume al narrar: resguardar esas historias del olvido. Al decir de Roger Chartier (2006) inscribir la memoria de los hombres y de los tiempos es un modo de conjurar la ansiedad de la pérdida.

La pregunta que cierra la crónica «me pregunto cuál es el país que nos quedará al cabo de toda esta paranoia» (Salcedo Ramos, A. 2011: 390) puede leerse como una ironía que halla su respuesta en el título. Los mutilados son quienes perdieron parte de sus cuerpos y sus tierras y también lo son aquellos incapaces de conmoverse o los que, teniendo la responsabilidad de reparar estas tragedias desde el Estado, les dan la espalda.

Colombia es el centro de la escritura de Alberto Salcedo Ramos. Sus personajes, sus prácticas culturales, sus tragedias, sus conflictos se representan en los textos dejando al descubierto las contradicciones, los esplendores y las derrotas. Su obra puede leerse como «narrativa del fracaso y la resistencia en la medida en que sus sujetos son, al mismo tiempo víctimas y héroes» (Perilli, C. 2006: 100). En ocasiones se escenifica la urbe, pero la mayoría de sus relatos trascienden el espacio de la ciudad y se ubican en territorios inhóspitos, pueblos o pequeños centros urbanos. Esta relocalización implica un desplazamiento espacial que no se contrapone al lugar a su lugar de enunciación, como ya dijimos, urbano y letrado, sino por el contrario se refuerza y se traduce en un modo de escritura atravesado por la experiencia de la ciudad. El género le permite poner en contraste discursos proveniente de esferas diferentes como canciones, documentos oficiales, datos estadístico, que hacen que su opción estética por la crónica sea asimismo una opción política. No pretende ser neutral, sino, por el contrario, su voz mediadora le confieren un estatuto particular al relato.

«Un país de mutilados» manifiesta una voluntad de penetrar en lo profundo de una problemática compleja y apela a la empatía. Sin embargo, el cronista conserva siempre la distancia, la identificación con el otro es, en todos los casos, parcial. En ese gesto, Salcedo Ramos reivindica su derecho a una mirada personal, que presentan como alternativa a los discursos hegemónicos y

www.revistaelhipogrifo.com

Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata
Articolo ricevuto: 25/07/2018 - Articolo accettato: 23/12/2018

que es siempre una mirada política. Su crónica trabaja en contra de la simplicidad, de las versiones oficiales, de las representaciones cristalizadas.

Bibliografía

- Ansaldi, W. y Verónica G., *América Latina, la construcción del orden: de las sociedades de masas a las sociedades en procesos de reestructuración*, Buenos Aires, Ariel, 2012.
- Astorga, S., Ayala, M. Campos, E., *Historia contemporánea de Colombia. Conflicto armado, régimen político y movimientos sociales*. Guaymallén, Qellqasqa, 2012.
- Chartier, R., *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (Siglos XI y XVIII)*, Buenos Aires, Katz, 2006.
- Junguito, A., *Genealogía de imaginarios geográficos colombianos: representaciones culturales, espacio, Estado y desplazamiento en el proceso de (des)integración nacional (1859-2008)*, Disertación, Duke University, 2008.
- Kaplan, B., *Género y violencia en la narrativa del Cono Sur (1954-2003)*, London, Tamesis, 2007.
- Malinowski, B., «Introducción: objeto, método y finalidad de esta investigación». *Los argonautas del pacífico occidental*, Barcelona, Península, 1973.
- Medina Gallego, C., *Conflicto armado y procesos de paz en Colombia: memoria casos FARC, EP y ELN*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y sociales, 2009.
- Perilli, C., *Catálogo de ángeles mexicanos: Elena Poniatowska*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2006.
- Rotker, S. (ed.). *Ciudadanías del miedo*. Colombia, Rutgers University/Nueva Sociedad, 2001.
- Ruiz R., N. Y., El desplazamiento forzado en Colombia: una revisión histórica y demográfica, <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0186-72102011000100141&lng=es&nrm=iso>. ISSN 2448-6515 (1/10/2018)
- Salcedo Ramos, A., *La eterna parranda. Crónicas 1997-2011*, Colombia, Aguilar, 2011.